

RESEÑAS

Silvia Valero. *Mirar atrás. La importancia del pasado en los relatos de nación y negritud en la literatura afrocubana de entre siglos*. Córdoba: Alción Editora, 2014. 226 pp.

El libro describe una serie de cuestiones inquietantes a propósito de la llamada “afroliteratura” en el proceso que subyace a la modernización de la cultura cubana. A través de cuatro capítulos que se titulan “Periodo especial en tiempos de paz: nuevos debates sobre la identidad”, “El campo literario cubano en torno a las narrativas afrocubanas”, “La ‘racialización’ como espacio político: Eliseo Altunaga” y “De negras y mulatas, mestizaje y Revolución: Marta Rojas” se interroga cómo ha intervenido la cuestión étnica en la variación histórica de un relato de identidad nacional, puesto que la exclusión o falsa representación de los pueblos afroamericanos ha sobredeterminado la configuración de políticas lingüísticas, raciales y de género en la fundación de los estados nacionales, así como la refuncionalización de la literatura expone operaciones claves en la reproducción y/o transformación de representaciones identitarias racistas que, según los casos, intervienen positiva o nega-

tivamente en la construcción de una sociedad más igualitaria.

Aunque el libro despliega un panorama amplio del quehacer cultural a propósito de la afronarrativa cubana desde la colonia hasta los primeros años del siglo XXI, se centra principalmente en Eliseo Altunaga y Marta Rojas. Con el ánimo de revelar un estado de la cuestión respecto de formas de elaborar simbólicamente “asuntos pendientes” en torno de la pervivencia del racismo en la sociedad cubana que ha sostenido un intenso proceso de descolonización como el impulsado por la revolución de 1959, se encamina hacia el “periodo especial”. Para ello reivindica el gesto de “mirar atrás”: volver a habitar el pasado para descubrir estrategias por medio de las cuales se gestaron los pilares de una memoria que posibilita abrir nuevos cauces en la narración de conflictos interculturales y custodiar la defensa ante las agresiones neo-coloniales en un contexto de profundas transformaciones geopolíticas.

Desde la valoración de la representación de lo étnico trazada en *Nuestra América* de José Martí, entre el lugar que las vanguardias literarias le adjudicaron a la negritud y *Lo cubano en la poesía* de Cintio Vitier marcado por posiciones del orige-

nismo que Valero interpreta como experiencia esencializante y teleológica en relación con la nacionalidad, hasta la consideración de reflexiones en las que Abel Prieto modifica las reflexiones de Vitier, se compendian matrices valiosas de representación de lo nacional en la literatura cubana. Silvia Valero aborda cuestiones que permiten problematizar, en un fecundo diálogo de ida y vuelta, el valor de numerosas prácticas culturales que preceden las obras de los 90 y comienzos del siglo XXI. De tal manera que pueden converger líneas de debate propuestas por la teoría descolonial, categorizaciones sobre la identidad cultural acuñadas en estudios de Stuart Hall y reflexiones críticas elaboradas por intelectuales de la talla de Ambrosio Fornet y Víctor Fowler, entre otros, para situar, relacionar y redimensionar el fenómeno de “ser negro” y “ser cubano”.

El estudio afirma, así, que no es posible visitar el nacionalismo cultural sin revisar aquel par de cuestiones que, a contracorriente de lo esperable, no fueron plenamente resueltas por la revolución cubana. Pero recuerda además varios de los “vicios” racistas impuestos por la “República” que precedió a la Revolución, cuando en el segundo capítulo del libro plantea la revisión de tópicos vigorosos en torno de cuerpo y color, discriminación racial, abuso de poder sobre los sujetos negros y pobres y las relaciones de sujeción. Contra aquel telón de fondo reconstruye el panorama del campo literario, describe cómo y qué ha procesado la crítica literaria frente a la narrativa afrocubana,

cuáles fueron los referentes históricos de representación en el periodo republicano, el primer periodo revolucionario y los 90. En ese marco insiste en afirmar el genuino dispositivo crítico que la literatura despliega en la reproducción y refracción de imaginarios raciales en una sociedad marcada por la transformación histórica que a Cuba le impuso la defensa de la agresión neocolonial, perdido el apoyo de la Unión Soviética con las profundas mutaciones geopolíticas que tuvieron lugar en los 90. Entre los postulados de trabajo que sostienen la producción de este volumen interviene la necesidad de describir núcleos de densidad simbólica por medio de los cuales la literatura ha oficiado como laboratorio en la construcción de contra-imaginarios de representación racial uniétnica. Cuestionando a cada paso la ideología de univocidad racial y las estéticas que la perpetúan atiende al proceso por medio del cual una serie de autores cubanos de entre siglos ha sostenido el proceso de indagación de pertenencia cultural en la irreductible singularidad que resguardan las culturas afro-descendientes. Para tales efectos ha privilegiado la lectura de los relatos *A medianoche llegan los muertos* (1998) y *En la prisión de los sueños*, de Altunaga, así como *El columpio de Rey Spencer* (1993), *Santa Lujuria o los papeles de blanco* (1998) y *El harén de Oviedo* (2003), de Marta Rojas. Junto a aquellas obras destacan, además, *Los ángeles caídos* (2001) de Lázara Castellanos y el relato “La duda”, reunido en *Sobre las olas y otros cuentos* (2008) de Inés María Martiatu (importante defensora del feminis-

mo negro). Se trata entonces de un aporte que puede ser instrumentalizado para abrir nuevos campos de trabajo y profundizar los existentes en el marco de los estudios latinoamericanos y caribeños, en tanto y en cuanto es claro el objetivo de evitar las idealizaciones, así como también es claro el propósito de reivindicar la dimensión viva y creativa de la literatura como pensamiento crítico con el que interpelar los proyectos que, en la imposición de la “máscara blanca” (Fanon), tienden riesgosamente a borrar diferencias históricas y culturales.

Claudia Caisso
Universidad Nacional
de Rosario

Juan Pascual Gay, Ricardo de la Fuente Ballesteros y Martha Isabel Ramírez. *De El Renacimiento a las revistas modernistas (1894-1911)*. T. I. Juan Pascual Gay y Anuar Jalife, coords. *Historia de las revistas literarias mexicanas (1894-1946)*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2014. 458 pp.

El primer volumen de la historia de las revistas mexicanas coordinada por Juan Pascual Gay y Anuar Jalife viene a solventar un vacío importante en los estudios de la historia de la literatura mexicana. Se trata de un proyecto ambicioso y exigente que, si llega a completarse, sin duda redundará en nuevos planteamientos relacionados con la historiografía de la literatura mexicana. Conviene señalar que se debe al esfuerzo del Grupo de Investigación en Historia de la Literatura

Mexicana, dependiente del Colegio de San Luis (centro Conacyt), en San Luis Potosí, formado por investigadores y estudiantes de posgrado de dicho centro.

Este primer volumen pone negro sobre blanco en lo que se refiere a las directrices metodológicas en torno a las que se articula dicha historia. Propiamente, tres factores dotan de coherencia a este volumen que, como se explica de forma precisa en el prólogo, también se trasladan a los siguientes: la concordia de Ignacio Manuel Altamirano, el nacionalismo de la literatura mexicana consignado también por el Maestro y, finalmente, el cosmopolitismo. Posiblemente otros vectores podrían haberse registrado para advertir los procesos de la literatura mexicana a lo largo de noventa años, pero los enumerados son suficientemente representativos para aportar una historia fiable. Curiosamente, las revistas son los soportes que concentran el interés del grupo de trabajo, lo que no deja de ser un acierto porque, como también se dice en los preliminares, las publicaciones periódicas obedecen a otras condiciones de cambio distintas a las de los géneros literarios, más apegadas al pulso cotidiano, más susceptibles a la hora de ponderar las variaciones y transformaciones que se dan en el tiempo. Desde este punto de vista, la revista se vuelve en objeto prioritario de estudio que facilita subrayar la aparición de nuevas generaciones, de modalidades innovadoras, de formas apegadas a la tradición.

Esta movilidad es la que registra este volumen limitado por los años 1894-1911. Un periodo particular-

mente efervescente de las letras mexicanas en que coinciden diversas maneras de entender la literatura: romanticismo, realismo, naturalismo, modernismo, etcétera, se dan cita en el segundo *Renacimiento*, en la *Revista Azul*, en la primera *Revista Moderna*, entre otras. Los autores se han preocupado de que la vitalidad de las empresas periódicas no opaquen las transformaciones que operan en el interior de cada una de ellas, algo loable pues tiende a ser éste uno de los problemas cuando se trabaja un corpus tan extenso como el que este proyecto está llevando a cabo. De esta manera, la *Revista Moderna. Arte y Ciencia* (1898-1903) es propiamente modernista, pero su continuación, *Revista Moderna de México* (1903-1911), en particular a partir de 1906, mejor se cobija bajo el ideario de la incipiente promoción representada por los ateneístas. Lo cual introduce una variante que los autores de esta primera entrega señalan que se estudiará en el segundo: la aparición de publicaciones al servicio de los ateneístas, desde *Savia Moderna* (1906), que si por los años de aparición resultan contemporáneas de las modernistas, tanto su temperamento literario como sus intereses se alejan del modernismo. Este criterio a la hora de seleccionar las publicaciones en función de movimientos literarios reconocidos otorga claridad a la presente historia, puesto que el ateneísmo es el movimiento que transita mediante publicaciones afines hasta 1920, aunque no impide otras expresiones.

Un acierto adicional es el hecho de que los autores se remontan al

Renacimiento (1869) de Altamirano. En realidad, no presentan estas páginas un estudio pormenorizado de la publicación, entre otras cosas porque tales estudios ya se han realizado, sino que actúa como una referencia necesaria para comprender el proceso posterior de las posteriores.

Es cierto que, como también consignan los responsables, no se trata de una historia exhaustiva ni pormenorizada de las revistas del periodo. Una imposibilidad, además, dada la dificultad que existe todavía para tener un elenco preciso de las publicaciones periódicas mexicanas de la etapa estudiada. Sin embargo, el hecho de limitarse a las más conocidas y representativas no le resta mérito a la obra, pues permiten tomar la temperatura de la historia propuesta con precisión. Cabe pensar que detrás de estos volúmenes, de los que reseño el primero, se esconde la voluntad de una historia de la literatura mexicana para cuya elaboración ya se asientan en estas páginas las premisas y los propósitos.

El volumen presenta dos apartados claramente diferenciados: “Las revistas literarias: aspectos, características y circunstancias” y “El Modernismo y sus revistas”. El primero es un estudio sugerente y dinámico de diferentes aspectos que hay que considerar en relación con una historia de las revistas. Asuntos como generaciones literarias, géneros literarios, tradición literaria o convención literaria, largas y breves duraciones, etcétera, se suceden ofreciendo elementos desechables para esta historia, así como otros centrales para la misma. Los auto-

res van tejiendo un discurso teórico convincente y fundamentado que apunta a aquellos aspectos que mejor se ajustan para el periodo estudiado. El segundo apartado actúa como el objeto en que las páginas anteriores se ponen a prueba, justificando casi siempre las conjeturas y conclusiones del primero. Hay algo que merece la pena subrayarse como prueba el estudio mismo: las revistas mexicanas, al menos como se muestra en este volumen, son aglutinantes, es decir, no discriminan ni actúan como plataformas de grupos y facciones, sino que asumen en todo momento aquella concordia asentada en el *Renacimiento* de Ignacio Manuel Altamirano. De ahí que los debates y las polémicas, las adhesiones y rechazos hacia cual o tal revista, no tienen necesariamente como causa determinada un asunto literario, sino más bien extraliterario; un rasgo que distingue a las revistas literarias mexicanas.

Con ausencias inevitables, como no puede ser de otro modo en un proyecto de tanto aliento, hay que reconocer el enorme trabajo recogido en este tomo que exhibe una historia de la literatura mexicana distinta a la que conocemos: no porque se descubran las Américas, ni tampoco porque haya descubrimientos insospechados, sino porque el aparato metodológico utilizado permite verla de otra manera, alumbrando ámbitos apenas estudiados por medio de la luz particular que aportan las revistas. Este carácter innovador es lo que hace a este volumen ser, desde mi punto de vista, un referente para llegar a comprender el impacto cultural y

social de tales revistas, a falta –insisto– de los volúmenes que han de completar este proyecto.

Por otro lado, el estudio de esas publicaciones, además de los numerosos datos y noticias que aportan, se sumerge en la poética y las tendencias que las alienta, ofreciendo todo el caleidoscopio que fue el modernismo mexicano. Es más, me atrevería a decir que gracias a este estudio los escritores finiseculares de este país quedan finalmente contextualizados en la poliforme realidad de aquellos años y tengo la seguridad de que gracias a este estudio, verdaderamente fundamental, se abren nuevos caminos a investigaciones futuras de este riquísimo periodo de la historiografía literaria azteca. Sólo queda esperar el resto de volúmenes que constituyen esta historia para valorar su verdadera aportación al estudio de la historia de la literatura mexicana.

José Manuel Goñi Pérez
Aberystwyth University, UK

Oswaldo Estrada. *Ser mujer y estar presente. Disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea.* México, DF: UNAM, 2014. 312 pp.

Este libro nos ofrece un mapa de las diversas construcciones ficcionales postuladas por un grupo de escritoras mexicanas sobre temas y problemas que van articulando las de las que habla el título del libro: el sustrato colonial de la sociedad mexicana, las voces reprimidas y oprimidas y los silencios; las diversas rearticulaciones de los cuerpos y de los géneros, las visio-

nes alternativas de la historia. Como dice Estrada en su introducción: a estas autoras, “no las une el simple hecho de ser mujeres escritoras, sino más bien su facultad de articular un mensaje crítico con respecto a su mundo, la voluntad de crear espacios subversivos, contradictorios, incómodos” (13).

Si bien algunos capítulos habitan las páginas miscelánicas o monográficas de revistas especializadas o de otros libros, la disposición del volumen propone una lectura orgánica, con tres compartimientos que a su vez triangulan a tres escritoras y forman conjuntos que ponen en relación nombres, obras y mundos: por un lado, Nellie Campobello, Rosario Castellanos y Elena Poniatowska; por el otro, Carmen Boullosa, Mónica Lavín y Margo Glantz; y, por otro, Rosa Beltrán, Cristina Rivera Garza y Guadalupe Nettel. Junto a muchas otras, podría decirse que estas nueve escritoras ya son parte de un canon de la literatura mexicana.

Aunque la estructura del libro es maleable y no sujeta al lector necesariamente al orden secuencial (es decir, se puede empezar por la sección final, por ejemplo, o zambullirse en el capítulo siete y luego pasar al cuatro), la lectura según el índice propone un recorrido rico en el análisis. La primera parte, que reúne los tres primeros capítulos, se denomina “Debates del silencio y la palabra”. Si hay un concepto que une a las escritoras tratadas aquí, es el de los caminos de la palabra. Cuando trata a Campobello, por ejemplo, Estrada no sólo pone énfasis en la erotización de soldados y muertos en *Cartucho* (1931) y la

construcción de la figura materna en *Las manos de mamá* (1937), sino también en el menos estudiado libro de poemas *Yo! Versos* (1929) donde el crítico recorre poemas buscando el enigma Campobello y encuentra en “Pasaporte” una resignificación de lo personal trasladado a lo político. En la fragmentación, en la desaparición y distanciamiento del mundo que ejercen muchas de las protagonistas y de las voces de Campobello, Estrada ve “las tretas de las que se vale una mujer revolucionaria para insertar el cuerpo de su escritura o su escritura como cuerpo en un ámbito literario predominantemente masculino” (61). El capítulo sobre Castellanos, en cambio, intenta desplegar de qué maneras la autora de *Mujer que sabe latín* de-construyó los sujetos colonizados que más le interesaron: las mujeres y los indígenas. En los muchos filtros que se pasan por *Balún Canán*, *Oficio de nieblas* y algo de la poesía, Estrada pone especial atención a las reflexiones que, desde la ficción, Castellanos hace sobre el lenguaje, pues como dice la misma Rosario, curiosamente en un poema con el mismo título del de Campobello: “Mujer, pues, de palabra. No, de palabra no/ Pero sí de palabras, muchas, contradictorias, ay, insignificantes” (84). Para cuando llegamos a Poniatowska, los elementos de esta escritora que marcan su estilo (“el testimonio polifónico, la técnica del reportaje gráfico-periodístico”, 90) son distintos a las otras dos mujeres tratadas en este apartado, pero la búsqueda de Estrada es la misma: las palabras de Poniatowska, las de sus crónicas, y más específicamente

las del poco estudiado texto *Amanecer en el Zócalo* (2007). Es muy interesante el ángulo de lectura que se propone aquí donde se asienta la idea de un cierto esencialismo en la visión de lo mexicano de Poniatowska aunado a un lente que mira los flujos constantes de una identidad y una sociedad en perpetuo movimiento.

En la segunda sección del libro, “Historias, cartas y cuerpos”, entramos a uno de los territorios preferidos de Estrada: la relación entre historia y ficción que ya trabajara en su primer libro sobre la imaginación novelesca en Bernal Díaz del Castillo. Así, el concepto que une a las tres escritoras reunidas en esta parte es el de las reconfiguraciones literarias e históricas. Cuando se ocupa de las novelas de Carmen Boullosa que recrean diversas etapas históricas, sobre todo de la Colonia (*Llanto*, de 1992, *Duerme*, de 1994, *Cielos de la tierra*, de 1997, y *La novela perfecta*, del 2006), Estrada afirma la capacidad de estas ficciones de problematizar el pasado para criticar el orden colonial y ponderar sus repercusiones en el México contemporáneo; estos libros ponen bajo la lupa “los fundamentos históricos del racismo, el control imperial del conocimiento, así como el absolutismo político y el expansionismo religioso que todavía afecta a América Latina” (139). Al llegar a Mónica Lavín, llegamos por rebote a Sor Juana, mediante la novela de Lavín, *Yo, la peor* (2009), que ficcionaliza vida y obra de la monja jerónima. Es notable la omnipresencia de Sor Juana en la crítica y en la cultura mexicanas desde hace ya más de 30 años. Estrada está al

tanto de este hecho y, luego de hacer un repaso de las novelas que se han publicado recientemente sobre Sor Juana —cuatro en tres años—, se ocupa de la de Lavín, y pone especial atención en las cartas ficticias que la escritora compone como si fueran dirigidas por Sor Juana a la Condesa de Paredes. El crítico arma un minucioso entretejido entre el material de ficción de la novela y el enigma de los últimos años de Sor Juana, rodeada de cartas y documentos (*La Respuesta*, la *Carta Atenagórica*, la *Carta de Serafina de Cristo*). Por lo que Estrada cita del texto de Lavín, el tono de la novela no se corresponde muy bien a la gracia y a la finura que tenía Sor Juana para con amigos y enemigos; sería fundamental revisar aun más los recientes hallazgos, incluidos los de la supuesta respuesta del Obispo de Puebla a la *Respuesta* de Sor Juana y las recientemente halladas cartas de la propia virreina en la biblioteca de la Universidad de Tulane. Sin embargo, esto no impide que Estrada encuentre en la orientación de la novela de Lavín hacia los *Enigmas* que Sor Juana escribiera a unas monjas portuguesas una fuente estimulante para releer la obra sorjuanina. Al llegar a Margo Glantz, nos apartamos de una relación directa entre ficción e historia. Como bien dice Estrada, crítica y ficción se conjugan en el caso de Glantz para plantear una obra atípica en la literatura mexicana. En *Apariciones* (1995) y en *Saña* (2007) sobre todo, Glantz transita por las pulsiones eróticas, místicas y tanáticas de sus personajes que basculan entre el dolor y el goce. Estrada se refiere con frecuencia a una “ética

de la crueldad y la violencia” en Glantz que se ubica “en el límite fronterizo de la dominación y la subalternidad” (185) y pone el acento, por sobre todas las cosas, en el cuerpo y en los mecanismos de la literatura para representarlo.

Estrada empieza la última sección del volumen, “Disidencias de identidad”, con Rosa Beltrán y se fija en el ojo clínico y el humor descarnado de esta escritora, un humor que venía faltando en los capítulos anteriores, quizá porque la materia no daba para ese tono. Para Estrada, y coincidimos, Beltrán pertenece a una generación que rechaza los debates facilistas sobre construcciones de género y propone, en cambio, articulaciones “contrahegemónicas” sobre los papeles asignados a las mujeres. Estrada pasa revista a *La corte de los ilusos* (1995), a los cuentos de *Amores que matan* (1996), a *El paraíso que fuimos* (2002), a *Alta infidelidad* (2006), a *Efectos secundarios* (2011) y a *El cuerpo expuesto* (2013) y encuentra en estos textos que la autora sigue sus convicciones, como dice en una entrevista, de luchar por la reivindicación –pero no por la victimización– de la mujer y, sobremanera, de decir “lo que no puede ser dicho” (225). Cristina Rivera Garza y Guadalupe Nettel, las autoras con quienes Estrada cierra el libro pertenecen a las generaciones más recientes de escritoras mexicanas. Como Beltrán y como Glantz, Rivera Garza es escritora y profesora, y en sus novelas y libros de cuentos se nota tanto la voluntad de reflexión sobre la escritura como el cuestionamiento de los roles de género. Por ello, dice Estrada, “leer

a Rivera Garza es traspasar los límites del lenguaje, cruzar las fronteras de diversos géneros y quedar al filo del suspenso con muchas preguntas y pocas respuestas” (252). Nettel, la más joven de las nueve, escribe en francés y en español, y sus textos provocan incomodidad. No es casualidad que haya publicado un ensayo sobre Julio Cortázar. Discapacitados, mendigos, un énfasis en una protagonista que tiene un ojo maltrecho y es la misma Nettel, todos estos son los personajes que habitan las ficciones de esta aparición singular en la literatura mexicana. A Beltrán, a Rivera Garza y a Nettel las uniría entonces el concepto de la mirada crítica y aséptica sobre la humanidad, la cultura y la literatura.

El volumen está destinado a ser un libro señero en el estudio de la producción de estas escritoras. Pero, tal vez lo que sea más importante es que, ya sea en los caminos de la palabra, en las reconfiguraciones literarias e históricas o en la mirada crítica y aséptica, *Ser mujer y estar presente. Disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea* ofrece a los estudiosos de la literatura mexicana un prisma que refleja de múltiples maneras cómo puede leerse a las escritoras mexicanas hoy. Y con él, además, es posible que se comience a dar vuelta esa frase de Cristina Rivera Garza que habla de la asimetría en la recepción de la literatura hecha por hombres en relación a la hecha por mujeres. Entonces quizá se pueda decir: “pero es que escribes tan bien que casi pareces mujer”.

Pablo Brescia

University of South Florida

Yolanda Martínez San Miguel. *Coloniality of Diasporas. Rethinking Intra-Colonial Migrations in a Pan-Caribbean Context.* New York: Palgrave MacMillan, 2014.

El Caribe ha sido un campo difícil de conceptualizar para los estudiosos de la cultura latinoamericana. ¿Cómo encuadrar en ese amplio contexto este rosario de islas, colonias o ex-colonias de distintos países europeos y, más tarde, de los Estados Unidos, donde se hablan diferentes idiomas y donde se mezclaron europeos con africanos, africanos con chinos, chinos con hindúes, hindúes con europeos y hasta donde se hallan restos genéticos de las primeras poblaciones indígenas que poblaban estas islas cuando llegaron los europeos y que han desaparecido? ¿Cómo entender estas tierras que, curiosamente, sirvieron en el primer periodo de la conquista de América como trampolín y como campo de experimentación agrícola, bélico y social, para lo que se iba a practicar más tarde y más allá, en Tierra Firme? ¿Cómo entender este archipiélago de archipiélagos que ha sido mitificado y, al así hacerse, se ha identificado con las Hespérides y hasta con la legendaria Atlántida de la Antigüedad? ¿Cómo concebir estas tierras que muchas veces fueron ninguneadas y, en el mejor de los casos, ignoradas tras el primer momento de la conquista y la colonización, tras el desarrollo económico y social del resto de América?

En el fondo y sin así plantearlo directamente, éstas son las preguntas esenciales a las que este ambi-

cioso y gratificante libro de Yolanda Martínez San Miguel trata de responder o, al menos, trata de plantearle a un erudito lector académico, pues éste es un libro profundamente marcado por los debates teóricos que se llevan a cabo en la academia, especialmente en la estadounidense.

Por todo ello Martínez San Miguel se acerca al problema de la comprensión del Caribe desde la perspectiva contemporánea de las teorías y los métodos de análisis cultural, específicamente desde la perspectiva del llamado postcolonialismo. Su propuesta es sencilla: quiere ofrecer “a colonial re-reading of the postcolonial in the Caribbean” (12), pero, a la vez, la suya es una propuesta compleja y muy sugerente. Es que la autora cree que una vez se aplican al Caribe estos conceptos tan frecuentemente empleados en la crítica del Primer Mundo los mismos tienen que cambiarse drásticamente. Por ello establece esta intención desde las primeras páginas del libro: “This book proposes to analyze how displacements within colonial circuits are a fundamental motive in Caribbean coloniality” (8). Para examinar esos desplazamientos ideológicos que le sirven para estructurar su compleja y abarcadora imagen del Caribe, Martínez San Miguel examina la posibilidad de emplear diversas teorías o acercamientos académicos —“queer theory”, psicoanálisis, feminismo, entre otros— a la cultura y a la literatura caribeñas. Para mí este acercamiento tiene doble filo: por un lado le sirve para criticar la misma base teórica que emplea y, por otro, su extenso

acercamiento teórico le facilita ver el Caribe en un amplio contexto que va más allá de las limitaciones lingüísticas, limitaciones tan frecuentes en estos estudios. Centre-mos, pues, nuestra atención en estos dos aspectos del libro de Martínez San Miguel.

Para ver claramente los objetivos últimos de este estudio y lo que para mí son sus logros, hay que revisar la organización del mismo. *Coloniality of Diaspora* (ya en el título hallamos un neologismo –“coloniality”–, neologismo que evidencia la contribución de la autora al campo de la teoría cultural caribeña) se compone de una introducción y de seis capítulos divididos en tres secciones formadas por dos cada una. En la introducción se presentan los problemas teóricos centrales del libro, aunque en cada capítulo se traen nuevos problemas y constantemente a lo largo del texto se van haciendo conexiones entre todas las partes que tratan estos importantes temas. La autora es muy consciente de la organización de su argumentación y constantemente nos indica la relación entre sus partes. Para mí, en la introducción se halla la semilla de un futuro texto donde se podría desarrollar más detalladamente una teoría nueva del Caribe. (La autora misma anuncia un próximo estudio donde planteará su teoría de la cultura de los archipiélagos, estudio que será secuela de éste). Ya, pues, desde la introducción se establece el objetivo central del libro: “The main purpose of this book is to identify and explore those problematic areas in the conceptualization of postcolonialism in the Caribbean” (3-4). Aunque la teoría post-

colonialista parece ser el objetivo crítico principal en la introducción, al leer el libro nos damos cuenta que Martínez San Miguel critica todas las herramientas que emplea para demostrar la necesidad de crear unas propias que sirvan para entender mejor la cultura caribeña.

En cada uno de los seis capítulos que componen el libro la autora selecciona obras de diversas Antillas que facilitan su presentación de los variados acercamientos teóricos que propone como herramientas críticas. Recalamos que, contrario a la mayoría de los estudios caribeñistas, aquí no se estudia un solo Caribe: el hispano, el inglés, el francés o el holandés. Por ello, en el primer capítulo que se centra en el periodo colonial, discute dos obras aparentemente dispares: *Los infortunios de Alonso Ramírez* de Carlos Sigüenza y Góngora, autor mexicano que trata un tema puertorriqueño, y las crónicas de Père Labat, autor francés que concentra su mirada en el Caribe. Además, en este capítulo la piratería es la clave teórica. Cirilo Villaverde y José Rizal, vistos desde la temática del filibusterismo, son el tema del segundo capítulo. Sorprende a primera instancia la selección de un autor filipino, pero la misma queda muy bien justificada cuando entendemos cómo emplea Martínez San Miguel el concepto de filibusterismo y, más aún, cuando nos damos cuenta de que su comentario de Rizal es, en el fondo, un adelanto de su próximo libro. El martiniqués Aimé Césaire y el boricua Luis Muñoz Marín, un poeta mayor y uno muy menor, pero ambos políticos de gran importancia, son el tema del tercer capítulo don-

de se estudia la visión estética de dos escritores que miran primero desde fuera sus respectivas islas antes de proponer soluciones políticas a los problemas del país natal al que retornan. Así, la compleja relación entre poesía y política sirve de marco teórico a este capítulo, uno de los más interesantes del libro. Otra pareja de martiniqués y puertorriqueño, Franz Fanon y Piri Thomas, es el tema del cuarto capítulo donde se comenta el Caribe periférico y la paradójica centralidad de esa diáspora para entender la totalidad de esta área cultural. En este capítulo Martínez San Miguel hace una de las mayores contribuciones del libro. Aunque la autora no coincide plenamente con la visión del Caribe que ofrece Antonio Benítez Rojo en *La isla que se repite...* (1989), ambos ven el Caribe como un concepto cultural que no está determinado ni limitado por la geografía. En el quinto capítulo, usando como base la teoría de la “creolización” (más que criollización) propuesta por los martiniqueses Bernabé, Chamoiseau y Confiant y valiéndose del comentario de obras escritas por varias escritoras caribeñas, Martínez San Miguel propone una relectura muy interesante de los conceptos de mestizaje y sincretismo, conceptos que han sido centrales en los estudios del Caribe, especialmente desde la década de 1940, año cuando Fernando Ortiz publicó su *Contrapunteo cubano...* y puso en circulación estas ideas antropológicas como herramientas críticas. El capítulo final se centra en el concepto de “sexilio”, propuesto por el sociólogo Manolo Guzmán y que sirve para identificar

un exilio motivado por la necesidad de una expresión sexual reprimida en los países de origen. En este capítulo, Martínez San Miguel comenta críticamente la aplicación de la “queer theory” a nuestras letras caribeñas.

Como se puede ver por este esquema de *Coloniality of Diasporas...*, uno de los logros mayores de este ambicioso libro es enfrentarse cara a cara a diversas teorías y ver cómo no se pueden aplicar de manera mecánica a la realidad caribeña que es muy compleja y que requiere un nuevo acercamiento teórico, tan complejo y diverso como la propia realidad étnica, social y cultural del Caribe. Este logro es ya una contribución mayor por la cual hay que estar agradecido a la autora.

La otra importante contribución de Martínez San Miguel en este libro es emparejar a escritores del Caribe que tratan temas caribeños, pero que a primera instancia no parecen estar relacionados: Villaverde y Rizal, Fanon y Thomas, Ana Lydia Vega y Ana Celia Zentella, Pedro Juan Soto y Michelle Cliff, entre otros. A partir de la teoría o para criticarla, la autora selecciona escritores que le sirvan para construir su propia visión del Caribe. Por supuesto, en estos casos siempre está el problema del examen necesario e imposible de la totalidad del cuerpo literario. ¿Cabe toda la literatura caribeña en estos parámetros propuestos por Martínez San Miguel? La respuesta a tal pregunta es una aporía ya que no conocemos esa totalidad que presupondría una crítica a su plan o esquema y, a la vez, tenemos que partir de un supuesto conocimiento

de esa totalidad para hacer cualquier propuesta al respecto. La respuesta que da la autora a través de los textos comentados es una manipulación de la evidencia ya que, como lo hace todo crítico, escoge muy a propósito obras que le sirvan para su estudio y comentario. Pero ambas condiciones —son condiciones y no problemas, recalco— son inevitables ya que no conocemos ni podemos conocer la totalidad de las letras caribeñas y siempre la estudiosa va a valerse de las piezas que quepan mejor en la configuración de su propuesta teórica. Por ello, ninguna de estas dos observaciones representa una crítica negativa al excelente trabajo de Martínez San Miguel, sino una descripción de las limitaciones impuestas por este tipo de trabajo.

Como lector y como estudioso de las letras caribeñas quedé profundamente intrigado por la ambiciosa y arriesgada propuesta que Martínez San Miguel en *Coloniality of Diasporas*. Veo este libro como un adelanto de una nueva visión de conjunto del Caribe y de la cultura de los archipiélagos (su próximo proyecto) y también, como un gran y abarcador mapa de nuestras letras que la autora esboza y que muchos otros de nosotros tendremos que ir rellenando con el comentario de otros textos que sirvan para desarrollar ese gran mapa del Caribe que se propone con este libro. No me cabe duda de que este es un importante estudio para nuestro campo y que tenemos que estarle agradecidos a la autora por tan suculento trabajo.

Efraín Barradas
University of Florida

Margarita Práxedes Muñoz. *La evolución de Paulina* (1893). Rubén Quiroz Ávila, editor. Lima: Solar/IIPPLA, 2014. 126 pp.

El positivismo, corriente filosófica europea fundada por Augusto Comte en los comienzos del XIX, e introducido en el Perú hacia 1860, alcanza su máxima vigencia doctrinaria entre 1885 y 1915, con Manuel González Prada (1844-1918) como representante del positivismo no universitario (Augusto Salazar Bondy, *Historia de las Ideas en el Perú Contemporáneo*, Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2013, pp. 11-93). Otros representantes de diversas disciplinas son Javier Prado (1871-1921), que aplica el positivismo al derecho penal; Jorge Polar (1856-1932), en la estética; Joaquín Capelo (1852-1928) y Carlos Wiesse (1859-1945), que aplican el positivismo a la sociología; Vicente Villarán (1873-1958), a la educación; y otros, como es el caso de Daniel Alcides Carrión (1857-1885) y Margarita Práxedes Muñoz (1848-1909), que resultan singulares exponentes del positivismo vinculado a la ciencias médicas. Sin embargo, hay que anotar que no existe un tipo de positivismo estandarizado, sino más bien replicado con matices y replanteamientos. Es mejor, pues, describirlo como *positivismos*, en plural. ¿Quién fue Margarita Práxedes Muñoz? Esta poco conocida escritora nació en Lima, probablemente en 1848, aunque hay dudas sobre la fecha exacta. Era miembro de una familia de tradición liberal y laicista. En 1888 ingresó a la Universidad de San

Marcos para estudiar medicina, siendo reconocida como la segunda mujer en ingresar a la universidad, después de Trinidad María Enriquez (Pamo-Reyna, “Una visión histórica de la participación femenina en la profesión médica”, *Revista de la Sociedad Peruana de Medicina Interna* 20 [2007]: 109-122). En sus últimos años de vida radica en Chile, por destierro político, y en Argentina, donde fallece el 21 de enero de 1909, víctima de una enfermedad contraída en el desempeño de su profesión (Kohn Loncarica, Alfredo, y Sánchez, Norma Isabel, “La mujer en la medicina argentina. Médicas del siglo XX”, en *La ciencia en la Argentina. Perspectivas Históricas*, Miguel Asua, comp., Buenos Aires: Ceal, 1991, pp. 110-133).

Es importante recordar que, en el Perú, el positivismo no constituye un pensamiento monolítico y homogéneo, con aparentes y discretas diferencias superficiales, puesto que encontramos variantes de positivismo europeo: cientificista, evolucionista y krausista. En estos últimos años, el esfuerzo por repensar los *positivismos* y no el *positivismo* sin más en la historia de las ideas en el Perú (Córdova Berona, “Los Positivismos en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos [1869-1880]”, en *Ciudadanías discursivas. La filosofía peruana en el siglo XIX*, Rubén Quiroz Ávila, ed. y comp., Lima: 2012, p. 69), va acompañado de la crítica a la periodización, cerrada y excluyente, que realiza Augusto Salazar Bondy (1925-1974). Es a partir de las recientes investigaciones de Rubén Quiroz Avila de las tesis de

grado sustentadas por intelectuales sanmarquinos entre 1869 y 1880, o los estudios sobre el complejo pensamiento filosófico colonial realizados por José Carlos Ballón (2011), o, por último, las investigaciones en torno al tópico raciaalista que representaría una discontinuidad como plantea Joel Rojas en el libro *Entorno a Pedro S. Zulen* (2013), que podemos reorientar nuestras lecturas y análisis por nuevas rutas, en aras de reconfigurar el canon de la historiografía de las ideas en el Perú.

Es en este horizonte heterogéneo de *positivismos* que aparece la novela *La evolución de Paulina*, el primer libro publicado por Margarita Práxedes en 1893. Después publicará tres libros más: *Mis primeros ensayos* (1902), *Las cartas y conferencias científicas* (1905) y *Las calamidades del presente. Estudio crítico y filosófico del momento actual* (1908). Un antecedente a la publicación de su primer libro es la sustentación de su tesis titulada *Unidad de la materia o identidad sustancial de los reinos inorgánico y orgánico*, convirtiéndose así en la primera mujer en graduarse de Bachiller en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1890). Cabe advertir que en la novela hay palabras encomiables al científico y filósofo alemán Ernest Haeckel: “con galano y pintoresco estilo, me hacía asistir al imponente espectáculo de los seres organizados, desde la monera hasta el vertebrado, descubría siempre el mismo tipo, evolucionando mediante las grandiosas leyes de la herencia y la adaptación” (27). Justamente, es sobre la teoría de este científico que versa su tesis.

La muestra de elogios en la novela es un indicador de que probablemente aún seguía fascinada por estas ideas. Gradualmente, sin embargo, se operará una transición hacia la ortodoxia comtiana más estricta y apologética, hasta culminar en un espiritualismo teosófico (Daniel Omar de Lucía, “Los comtianos argentinos y su rol en la red de círculos positivistas sudamericanos (1895-1902)”, en *Corredor de las ideas. Integración y globalización*, San Leopoldo: Editorial Unisinos, 2000, p. 162).

La evolución de Paulina es una notable novela sociológica en clave positivista, reeditada por Rubén Quiroz Ávila, profesor de filosofía latinoamericana y peruana en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, además de un investigador en diversos tópicos sobre el debate de la nación republicana y las agendas decimonónicas. La primera edición data de 1893 (Santiago de Chile: Imprenta Cervantes). Hubo una reedición en Buenos Aires en 1897, y desde entonces el texto permaneció casi olvidado debido a la fuerte impronta del espiritualismo en la intelectualidad peruana a inicios del siglo XX y a una metodología de historia de las ideas más bien seguidoras de un estatus excluyente de todo sujeto femenino. Es decir, prevaleció una historiografía poco preocupada en rastrear las complejidades del pensamiento y de los sujetos que la construyen. De ese modo han quedado fuera pensadores indígenas, afroperuanos y, claro, mujeres.

La edición que reseñamos contiene, además de la novela, un

agudo y revelador estudio introductorio del editor, titulado “Margarita Práxedes de Muñoz: una aventura intelectual luminosa”. La novela está conformada por una dedicatoria al General Andrés Avelino Cáceres (por quien Práxedes sentía una gran admiración y con quien compartía el credo civilista, además, de oponerse al gobierno del “Califa” Nicolás de Piérola), una breve introducción y trece capítulos, de los cuales los primeros ocho no llevan título. En la novela se narra el romance entre los personajes Alberto y Paulina y los avatares de su evolución intelectual.

Según el editor, la autora estaría “convencida de su apostolado, y el uso de géneros literarios para la difusión y expansión didáctica describe con contundencia la justificación de la novela como instrumento de persuasión y propaganda los principios del positivismo” (9-10). Por otro lado, señala acertadamente que el positivismo como corriente filosófica de origen europeo se “expande en Latinoamérica como herramienta de liberación colonial, pero también es usada por las clases medias emergentes más progresistas para enfrentarse al duro conservadurismo de la oligarquía. Es por ello que esta novela sociológica conjugaría el género literario más prestigioso del siglo XIX con la física social encumbrada: la novela y la sociología” (10). Sin embargo, advierte el editor, la novela de Margarita Práxedes es “fundamentalmente un tratado de propaganda del positivismo comteano. No por ello, concesiva. Más bien teje una serie de cuestionamientos a algunas de las tesis autoritarias del funda-

dor, asunto crucial que le permite objetar la naturalización de la subordinación de la mujer, estructura ontologizada que el positivismo en general no delibera tajantemente” (11). Es por eso, aclara Quiroz Avila, que Práxedes critica la organización social que desprecia el rol histórico de la mujer y que tristemente el positivismo de Comte ampara sin remilgos. Asimismo, resulta que el movimiento positivista en América Latina tiene más bien una revisión heterogénea de sus patrones europeos. En ese sentido, el positivismo es rastreable en el Perú desde la década de 1860; se convirtió en imperativo para una generación en zozobra por el naufragio nacional que ponía en peligro la patria imaginada. De este modo, era urgente modernizar el país y, por supuesto, legitimar su ascenso a las representaciones del poder político, institucional y textual. Se equipara así la salvación del Perú a través del progreso científico. En pocas palabras, enfatiza el editor, el positivismo fue un movimiento de liberación (12). Por último, señala, *La evolución de Paulina* “no está circunscrita por las fronteras de la novela, sino que su propia hibridez de géneros nos permite mostrar a una de las más lúcidas representantes de una cohorte peruana renovadora y enfrentada a las trampas y redes que imposibilitaban la modernización del país, emblema esgrimido bajo los cánones positivistas cuya legitimidad no sólo pasaba por la equiparación con una epistemología suficientemente poderosa para asumirse como la cumbre del pensamiento humano, sino

también bajo la idea de una evidente superioridad moral” (17).

La novela empieza con una introducción de la autora, titulada “Dos palabras a nuestros lectores”, en la que cumpliendo con un deber moral expone al público los principios de la Escuela Positivista bajo el disfraz de la novela, y formula un diagnóstico para la humanidad, que de pesimista deviene en optimista, ya que se vive una crisis inevitable y benéfica producto del escepticismo, enfermedad endémica del siglo XIX. En un estado de cosas como éste, es preciso depositar nuestra confianza en la doctrina de Comte, que si bien tiene lagunas y defectos, nos permite solucionar los problemas sociales. Los personajes Alberto y Paulina, *alter ego* de Margarita Práxedes, representan elevadas cualidades intelectuales y morales. Sin embargo, no pueden sustraerse al pernicioso influjo del medio corruptor. Otro de los personajes, el padre Esteban, simboliza el anhelo y la fe en el perfeccionamiento de la especie a través de una reorganización social. En el primer capítulo, Paulina le escribe a su querida amiga Estela, la única que la comprendía e interpelaba sobre su exagerado romanticismo, que podría terminar acabando con su existencia. Paulina le confiesa que con la muerte de su tutor, ella por fin pudo entregarse por completo al estudio de sus ciencias predilectas: zoología, botánica, física, paleontología y geología. Dichos estudios le imprimieron a su espíritu una clara concepción de la naturaleza. Como parte de sus investigaciones revisaba los periódicos científicos nacionales y extranjeros, cuando de

pronto llamó su atención un artículo sobre geogenia, tema favorito y, además, muy bien expuesto según la opinión de Paulina. Es así como surge el interés de Paulina por buscar al autor, de nombre Alberto, quien se convierte en su amor platónico. En el segundo capítulo, Paulina se encuentra con Alberto una tarde de primavera cuando él paseaba por la calle con un amigo. Ella lo felicitó por su espléndido artículo. Alberto se ruborizó, y con trémula voz, le pidió permiso para hacerle una visita el siguiente domingo. Llegado el día tan esperado por ella, pasaron una sublime velada y se comprometieron a vivir bajo los designios de la diosa sabiduría y acordaron verse en casa de Paulina todas las noches. En el tercer y cuarto capítulos, Alberto le propone matrimonio y ella lo rechaza porque teme no poder hacer libre uso de la razón en una sociedad falocéntrica como la peruana. Además de calificar de apostasía el matrimonio católico, ella prefiere esperar al matrimonio civil cuando el espíritu del progreso llegue al Perú. En el quinto capítulo, Alberto recibe una dispendiosa herencia, que produjo un notable cambio en su posición social y, ya dueño de suficientes recursos, decide viajar a Europa y continuar sus investigaciones científicas en París y Berlín. Se marchó prometiéndole a Paulina que después de tres meses enviaría por ella. Entre sollozos y lamentos se despidieron jurándose amor eterno. Alberto le envió varias cartas, en la última, le reprocha no haberse casado con él, y decide terminar la relación. Paulina cae enferma y logra recuperarse gracias

al consuelo de Estela. Después de ocho meses decide viajar a Ecuador y luego a Colombia. Estando en Bogotá asiste a una conferencia sobre selección natural, dictada por un jesuita europeo que aspiraba nada menos que a establecer en Colombia un centro de propagación sociológica en conformidad con las doctrinas de Augusto Comte. Entusiasmada con la propuesta del jesuita Esteban, despotrica y teme (todo parece indicar sin el debido conocimiento del tema) la incursión del socialismo en América (55). En el sexto, séptimo y octavo capítulos, entabla amistad con Esteban, quien decide iniciarla en los dogmas de su credo filosófico. Pero antes, le confiesa haber pasado por peores infortunios que Paulina, y también, sobre su interés por remediar los males sociales del proletariado sin recurrir a la violencia, en clara alusión al marxismo. El noveno capítulo lleva por título "Noticias de Comte". Es básicamente una exposición de la más completa biografía intelectual sobre Augusto Comte escrita por su médico y discípulo, Robinet. El décimo capítulo se titula "Principios fundamentales de filosofía positiva". Aquí, Esteban señala que Augusto Comte se propuso como principal objeto dar fin a la anarquía intelectual, la cual según el filósofo francés, es la causa de todos los males políticos y sociales. La causa de los errores intelectuales en nuestra época consiste en el empleo simultáneo de tres filosofías: la teológica, la metafísica y la positiva. De estas tres filosofías sólo la filosofía positiva debe prevalecer. Comte también explicó el

significado de la palabra positivo que caracteriza su filosofía, a saber: realidad y utilidad, certidumbre y precisión, relativo y orgánico. La filosofía positiva busca eliminar todas las vanas investigaciones sobre causas, sean primeras o finales (por ser metafísicas), para limitarse a estudiar las relaciones invariables que constituyen las leyes efectivas de todos los hechos que pueden ser observados, así como la ley sociológica de los tres estados que rigen el desarrollo humano: el teológico o ficticio, el metafísico o abstracto y el positivo o científico. Resulta que cada uno de nosotros ha sido creyente en su infancia, metafísico en su juventud y físico en la edad madura. La filosofía positiva comprende siete ciencias principales en el orden siguiente: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral. El decimo-primer, decimosegundo y decimotercer capítulos tratan sobre la importancia de la biología, el gobierno y la religión positivista. Resulta que la biología, asevera Esteban, es importante para la emancipación de la razón humana, ya que todo estudio positivo acaba con las concepciones teológicas, mostrando que los hechos del mundo son conducidos por leyes naturales. Ahora bien, en el caso de la sociología, notamos que está regida por las leyes biológicas, pero no es, sin embargo, un simple corolario de la biología, sino una ciencia especial en la cual debe dominar el método histórico que permite comparar los diferentes estados sucesivos de la humanidad. La sociología se divide en estática social y dinámica social. La estática social estudia el orden

de las condiciones de existencia de la sociedad. La dinámica social estudia el progreso social. El principio fundamental de la sociedad es la cooperación. Esta cooperación debe extenderse a todas las ramas de la actividad humana ya que supone un gobierno, cuyo deber es reprimir la inclinación a malgastar las ideas, los sentimientos e intereses. Por otro lado, en lo que respeta al dogma positivo, agrega Esteban: “el dogma parte de la afirmación del ser supremo real y visible, la humanidad; aceptando esta verdad ya somos positivistas” (108). Todos los hombres están dispuestos a rendir acatamiento a la moral; pero la moral no es otra cosa que la expresión del altruismo que existe en cada individuo. Asimismo, el positivismo establece la inmortalidad subjetiva del alma en vez de la objetiva, concebida por el teologismo, entendiéndose por esta inmortalidad el recuerdo imperecedero que dejan en la humanidad sus fieles servidores. Por último, el padre Esteban resume el objeto del positivismo en estas palabras: “¡Felices los pueblos que más se acerquen al ideal positivista! Ellos establecerán sobre la tierra el verdadero reinado de la justicia, y la humanidad libre de los odios y anomalías del pasado, mediante el perfeccionamiento moral, con el concurso unánime de todos sus hijos, habrá por fin, alcanzado su grandiosa y sublime evolución” (125-126).

Nos encontramos, entonces, ante un texto cuya importancia cabal se inserta en la producción intelectual decimonónica, cuyas pretensiones, republicanistas y modernizantes, asumen una agenda desde

las claves científicas. El texto de Práxedes obliga a una relectura de la propia historia de las ideas peruanas que, por asuntos metodológicos e historiográficos, habían excluido a los sujetos femeninos de la producción teórica, como si no formaran parte de esas disputas por establecer los patrones ideológicos. Vemos, con el libro reeditado, que comprender los alcances de la autora ilumina todo un sector cuyos vértices pueden ser compartidos desde diversos ángulos y disciplinas actuales, preocupados en la visibilización de sectores no atendidos. De ese modo, el valor de la propuesta de la científica y filósofa, integrante de esa estupenda liga de mujeres peruanas brillantes como Clorinda Matto, Mercedes Cabello y sus compañeras de ruta, puede alcanzar, por fin, un sitial completamente merecido e imprescindible en nuestra memoria histórica del Perú como país.

Segundo Montoya Huamani
Universidad Nacional Mayor
de San Marcos

Yushimito, Carlos. *Subjetividades amenazadas*. Lima: Cuerpo de la metáfora, 2013. 92 pp.

El vacío crítico es un lugar común cuando intentamos encontrar estudios acerca de la narrativa de los años 80 en el Perú. En contraste, la poesía del mismo periodo sí cuenta con importantes trabajos¹.

¹ Véase, por ejemplo, Mazzotti, José Antonio, *Poéticas del flujo. Migración y violencia verbales en el Perú de los 80*, Lima: Fondo Editorial del Congreso

¿Será que todavía no somos capaces de comprender suficientemente las obras de ficción narrativa de esos años convulsionados? O quizá, ¿la indiferencia y apatía nos ha ganado el partido? ¿Es el cuento un artefacto cultural digno de análisis hermenéutico? En este sentido, Carlos Yushimito, en *Subjetividades amenazadas*, llama la atención acerca de la falta de estudios orgánicos e, incluso, de ensayos y artículos que reflexionen acerca de nuestra narrativa breve de dicha época.

El destacado narrador divide en dos partes su estudio y antología. La primera nos presenta un breve ensayo, el cual sirve también de presentación de la segunda parte, una muestra de tres autores peruanos representativos de la llamada Generación de los 80: Alonso Cuento, Guillermo Niño de Guzmán y Jorge Valenzuela. Con respecto al ensayo, es cierta la predilección de la crítica especializada por la poesía de esa década o por otros periodos narrativos, aún más por ciertos nombres estudiados y analizados hasta el cansancio (Vargas Llosa, Ribeyro, Bryce, etc). No obstante, debemos nombrar cuatro antologías importantes sobre dicho periodo narrativo: *En el camino* (1986), de Guillermo Niño de Guzmán; *El Cuento Peruano, 1980-1989* (1997), de Ricardo González Vigil; *Cuentos peruanos. Generación del 80* (2004), de Óscar Araujo y la reciente y más completa *Narradores peruanos de los*

del Perú, 2002. Asimismo, De Lima, Paolo, *Poesía y guerra interna en el Perú. 1980-1992*, Nueva York: Edwin Mellen Press, 2013.

ochenta. Mito, violencia y desencanto, de Roberto Reyes Tarazona.

Sin embargo, los respectivos prólogos de estas recopilaciones, si bien es cierto intentan reflexionar sobre la naturaleza de la producción cuentística de los años 80, caen muchas veces en el lugar común de catalogar a esta secuencia literaria como “la generación del desencanto”, como hace casi 30 años la llamara Niño de Guzmán en su antología referida. Asimismo, es tópico clasificar y encasillar a la producción de los autores de los 80 como “narrativa de la violencia política”. De ahí que Yushimito denuncie no sólo el “confinamiento” y “atomización” de este periodo literario, sino también la “lente cóncava que pervierte y deforma sus rasgos distintivos cuando se los observa desde muy lejos” (10). Entonces, nuestro autor, para escapar de esta tendencia homogeneizadora de la crítica, se enfocará en la producción creativa de estos tres autores específicos. El método de su análisis será principalmente el de la sociología de la literatura heredado de Lucien Goldmann y su “visión de mundo”. De este modo, para explicar los rasgos comunes de estas obras y sus proyecciones significativas en el contexto de los años 80, se basará en “dos circunstancias históricas paralelas y correspondientes: a) La idea de un Estado fallido y, b) La amenaza de un nuevo protagonista social, un *otro* migrante [...] a través de lo que Matos Mar denominara por entonces ‘desborde’ popular” (11).

Con estas herramientas de análisis, el autor nos ofrece una aproximación de tres cuentos principal-

mente: “La venganza de Gerd”, de Alonso Cueto; “Blues de un lunes neblinoso”, de Guillermo Niño de Guzmán; y “El secreto de Marion”, de Jorge Valenzuela. En ellos observa un eje temático que explica en cierto modo la visión de mundo que los articula: el tema de los exilios. Por un lado, encontramos los “exilios interiores” en los que se ven inmersos los protagonistas de estos cuentos. Es decir, son sujetos carentes de una voluntad crítica y activa frente a los problemas sociales o morales que los rodean. Como individuos burgueses y desarraigados, se han replegado en la soledad cómoda de su estatus social y observan escéptica y cínicamente la problemática de su entorno, pero sin hacer nada al respecto. Un ejemplo que ilustra esta situación es “La venganza de Gerd”, donde un profesor universitario tiene una próspera pero anodina vida. Su indiferencia frente a los cambios políticos es notoria y justamente en una de las épocas más convulsas y críticas de nuestro país. Esta actitud cínica lo aísla en su propia ciudad más que si estuviera en el extranjero. En “Blues de un lunes neblinoso” somos testigos del exilio como incapacidad de una pareja de novios para brindar afecto. Estos mundos interiores se ven degradados por una especie “asfixia moral”, como sucede en otros cuentos de *Caballos de medianoche* del mismo autor, en donde los protagonistas se entregan al alcohol y a las prostitutas para suplir su carencia de un proyecto de vida.

Por otro lado, los “exilios exteriores”, según Yushimito, explican el aislamiento como una incomuni-

cación con el *otro*. El ensayista apunta aquí una diferencia entre la relación que establecieron los narradores de los años 50 (Ribeyro, Congrains, Zavaleta) con el sujeto migrante y la relación que tuvieron los del 80 con los nuevos actores sociales. Así, observa que en los relatos de los primeros se procuraba, por lo menos, una comunicación o una identificación con el otro a través los mundos ficcionales; en cambio, en los relatos de los 80 “se clausura la comunicación” (25) y surge el rechazo o el miedo frente a las poblaciones migrantes ya instaladas. De ahí que, como en varios de los relatos apuntados en este ensayo, el otro representa una verdadera *amenaza*. En efecto, la explosión demográfica o el referido “desborde” de las últimas décadas del siglo pasado, a diferencia de los años 50, han convertido a Lima en un microcosmos del Perú, donde casi ha desaparecido la clase media. Esto ha trastocado el mismo concepto de marginalidad, lo que ha generado el desplazamiento de esta clase en una minoría social. Todo ello apunta a un escenario mucho más complejo donde la incomunicación, la pérdida de vínculos sociales y la fe en el progreso se han hecho más patentes. Un notable ejemplo es el cuento “El secreto de Marion”, cuya anécdota principal, que se inspira en el complejo de Electra, nos presenta a una hija que ha regresado después de muchos años para reencontrarse con su padre y ocupar el lugar de la madre muerta. Este cuento ilustra de forma brillante este exilio exterior, pero no sólo en términos físicos, sino también en aspectos existenciales,

ya que tanto padre como hija, además de haber cancelado toda relación y vínculo social, viven en un continuo pasado y perciben como una amenaza lo exterior o las relaciones interpersonales. Esta clausura que llega hasta el incesto y transgrede los valores tradicionales, puede interpretarse, según el ensayista, a través del “elitismo propio de la época que propició una evasión en la clase dominante” (28). Incluso, Yushimito va más allá y nos sugiere que Marion y su padre son símbolos del circuito literario que dominó y sigue dominando en cierta medida desde la década de los 80 hasta la actualidad. En tanto, permanece la tendencia de las obras literarias como productos de la ciudad letrada, las cuales se producen y consumen en un mismo orden social (ahora marginal), configurándose de esta forma una especie de “endogamia autárquica” (28) que aísla e incomunica a los creadores de su propio contexto social.

En suma, Carlos Yushimito nos ofrece con *Subjetividades amenazadas* una mirada que renueva y amplía el horizonte de comprensión de la narrativa breve de los años 80. Es una valiosa relectura crítica no sólo porque se libra bien de caer en la mecánica contenidista usual de ciertos estudios sociológicos de la literatura, sino sobre todo porque logra explicar y analizar las poéticas particulares de estos narradores en un contexto especialmente crítico de nuestra historia literaria.

Óscar Gallegos Santiago
 Universidad Nacional
 Mayor de San Marcos

